

Czeslaw Milosz: testimonio del siglo xx

Joaquín Riquelme Ribas

Licenciado en Historia

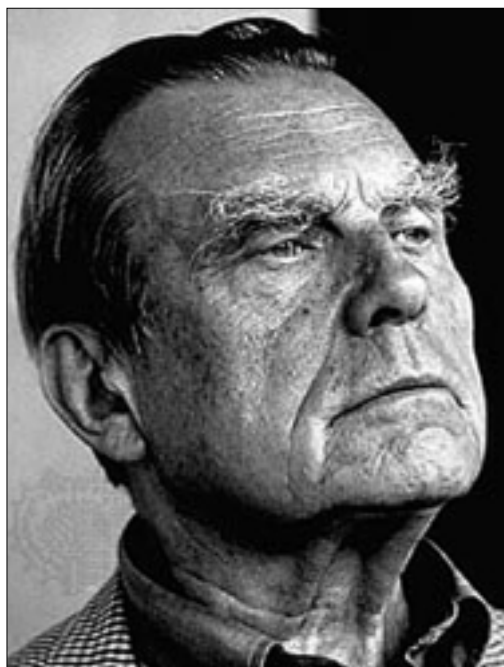
*En el tercer planeta del sol,
la conciencia limpia y tranquila
es síntoma primordial de animalidad.*
Wisława Szymborska

¿Ante el siglo que hemos dejado atrás, y ante la realidad con que hemos empezado este nuevo siglo nos podemos permitir el lujo de contemplar con ironía a este mundo y eludir nuestra responsabilidad? Esta es la primera pregunta que nos deberíamos hacer los que de una u otra manera hemos vivido el siglo xx.

Quizá por eso, más que nunca, necesitemos cicerones, guías que nos ayuden a comprender el siglo que hemos pasado y valorar el presente. Para este cometido hemos elegido al poeta y premio Nobel de literatura en 1980 Czeslaw Milosz, porque creemos que acaso no existe ningún autor tan profundamente unido al siglo xx; ningún poeta tan encarnado en las contradicciones, las esperanzas y los fracasos de toda una época como la vida y la obra del gran escritor polaco.

Significativamente enraizado en una ciudad que ha cambiado de nombre y Estado por lo menos en

tres ocasiones a lo largo de los últimos cien años: Vilnius, la actual capital de Lituania —antes Vilno (Rusia) o Vilna (Polonia)—; formado en la Polonia independiente de entreguerras (periodo riquísimo en cuanto producción literaria con autores como Gombrowicz, Bruno Schulz o Witkiewicz); Milosz es considerado como uno



de los poetas más destacados de la segunda vanguardia y del «catstrofismo polaco».

Marcado por su estancia en Varsovia durante los cinco años de ocupación, y por los inicios del stalinismo en Polonia; Milosz gestó durante este periodo de tiempo (1939-1951) las señas de identidad más evidentes de su obra, como son la creación de una literatura de corte reflexivo que gira en torno a temas como el totalitarismo, el anhelo de verdad y de esperanza, la búsqueda de un pensamiento propio que pudiera nombrar a un mundo en el que el hombre ha sido definitivamente expulsado del paraíso o la defensa de la dignidad humana. Trata en definitiva de expresar poéticamente —la poesía es la verdadera razón de ser de su obra— un pensamiento filosófico.

Después de un periodo de colaboración con el régimen «Popular» como agregado cultural en las embajadas polacas de Estados Unidos y Francia, en 1951 durante su servicio diplomático en París, pidió el asilo político. A partir de entonces comenzó una nueva etapa marcada por la asimilación de su condición de exiliado, el estudio del totalitarismo y la búsqueda de una definición de

sí mismo en libros como *Otra Europa*, *El pensamiento cautivo* o *Hijo de Europa*. A principios de los sesenta coincidiendo con su empleo como profesor de lenguas eslavas en Berkeley, su obra dio un giro hacia formas más clásicas y hacia el estudio de autores como Simone Weil, Swedenborg, Sheshtov, Oskar Milosz, Dostoievski, o a la realización de numerosos libros de ensayos de tipo histórico o filosófico. Actualmente vive a mitad de camino entre California y Cracovia.

El poder cambia de manos

A esta primera etapa del exilio pertenece la novela que hemos escogido para realizar este viaje a la obra de Czeslaw Milosz: *El poder cambia de manos*. Escogemos este libro porque creemos que es una de las mejores maneras de adentrarse tanto en el universo político y filosófico del autor polaco como en la época en donde se desarrolla el argumento. El libro desarrolla varias constantes en la producción de Milosz como la sumisión y el poder, el ser humano y su relación ambigua con la Naturaleza o la voluntad de resistencia de los supervivientes, encuadrándolas en torno al proceso de transición hacia el estalinismo que se inició en Polonia desde poco antes del final de la ocupación nazi y del comienzo de la «liberación» soviética en 1944.

En un país destrozado por la guerra y el genocidio, esta transición hacia la Nueva Fe (tal era como se denominaba en círculos estalinistas a la nueva ideología) sobrevino gradualmente. Como en la mayoría de las «Democracias Populares» en un principio el poder intentó crear en los nuevos súbditos del Imperio una sensación de cierta libertad de movimiento y pensamiento. En la novela todos o casi todos los per-

sonajes que no habían experimentado «qué» era «lo nuevo» creían posible de alguna manera u otra conservar puntos de vista privados; algunos incluso pensaban que, al fin y al cabo, la ocupación era necesaria para la modernización, para la realización de las reformas que el país necesitaba hacía mucho tiempo, que la reconstrucción de un orden social más justo era solo posible bajo la tutela de Moscú.

La labor principal del nuevo gobierno en estos primeros momentos era la de calmar las conciencias y «hacer más llevaderas» las transformaciones psíquicas, creando puentes que dieran salida a los diferentes frentes y posturas contrarias; utilizando «hombres de paja» (socialistas, católicos o nacionalistas) que sirvieran de sostén ideológico. Las nuevas autoridades jugaban con el tiempo a su favor. Sobre un pasado que amenazaba ruina los nuevos señores, con el Partido al frente, creaban una nueva realidad capaz de ir absorbiendo poco a poco los centros vitales del país, a las personas e ideologías que pudieran ser consideradas útiles para la formación de la nueva sociedad.

Quizá pudiera decirse que si hay un tema central en la novela es el estudio, por medio de unos personajes escindidos por la destrucción y el vacío, de la fuerza y vitalidad de una ideología basada en la sugestión de la fe en la necesidad histórica.

El intelectual y el régimen

Todo este proceso —esta es una de las tesis fundamentales del libro—, era observado por el intelectual medio con una mezcla de rechazo y de oculta admiración. La Nueva Fe, el Diamat (el materialismo dialéctico creado por Lenin y Stalin) a diferencia del fas-

cismo, era para estos intelectuales, en su mayoría familiarizados con la toma de una postura moral o estética a partir de los «procesos históricos», una fuerza imparable inmersa en la lógica de la historia y los valores de la sociedad moderna. La experiencia dolorosa de la guerra, la disolución de costumbres, órdenes y pudores bajo el peso de las bombas le había hecho aceptar la plasticidad del ser humano, su continuo cambio al compás de la formación histórica, la racionalidad del materialismo dialéctico. Si esto no era así el hombre debería encontrar por sí mismo las normas de sus actos y atenerse a ellas pase lo que pase ¿Pero cuales eran esas normas y dónde estaban? Además, ¿cómo se podía poner en duda las enseñanzas de una filosofía que concibe al hombre como un juguete de las fuerzas sociales si, ante el mal que se sospechaba que iba a ocurrir, nadie o casi nadie de estas «mentes conscientes» de antes de la guerra hizo algo al respecto? En uno de los capítulos más sugerentes del libro, un intelectual de origen judío ante la visión del ghetto destruido se pregunta cómo, sospechando lo que podía ocurrir, no alertó del peligro en vez de escribir «*porquerías*». Las fuerzas impersonales colectivas no eran una ilusión; eran las que dotaban de normas al hombre. «*El individuo no era más que una existencia entre millones de personas arrastradas por la irresistible corriente histórica que le llevaba de una dirección a otra sin que su voluntad individual sirva para nada*».

Asimismo, para darle más legitimidad, en el totalitarismo soviético esta verdad histórica se consideraba revelada por la ciencia, con lo que se sitúa en la línea principal del pensamiento contemporáneo que estima a la ciencia como el indicador del destino humano. Esa fe es —según Milosz— una de las causas principales del vacío del

hombre contemporáneo y de la caída del hombre en el terror y la reducción de la persona a mero instrumento. «En nuestro siglo, cuando alguien creía que algo es científico y fácilmente demostrable en un papel, enseguida quería llevarlo a la práctica» sin importarle mucho si estaba o no de acuerdo con las esperanzas humanas.

Para terminar, el sistema estalinista ofrecía al intelectual la seguridad de pertenecer a la casta dominante y por lo tanto la posibilidad de «hacerse útil», de realizar el sueño de Fausto y aplicar en la historia todo aquello antes considerado irrealizable; esto es, ahora podría dominar y vengarse del desprecio y la humillación a la que habían sido sometidos por la burguesía que los había considerado como unos cazadores de quimeras, como unos pacíficos poetas malditos. No puede negarse que más que la lucha por el poder, lo que nos enseña el libro —y toda la obra de Milosz— es una lucha por la libertad u opresión del alma.

Parece como si el talento intelectual buscara afianzar sus convicciones abstractas en las crueldades de un proyecto sublime y potente. Y el instrumento adecuado para la aplicación de este proyecto, era —frente al desprestigiado parlamentarismo y liberalismo— El Partido, la vanguardia que alcanzaría la conquista final del espíritu del mundo mediante su imposición por la fuerza (¿No decía Hegel que la fuerza es la confirmación suprema de toda sabiduría?). En Él uno sabía a qué atenerse. En Él, encontraba el sentido a la historia. En Él podía conjurar el cambio de situación impuesto por el tiempo manteniéndose junto al Poder. Hacerse estalinista parecía el camino más evidente y lógico para quienes en países periféricos como Polonia —o España— aprendían a leer o empezaban a ir a la Universidad.

Una reflexión sobre el poder y el totalitarismo en el siglo XX

Esta racionalización del dogma estalinista, su diversificación en un conjunto de capas geológicas sobre los que, como trampas, los «grandes espíritus» fueron cayendo continuamente, nos revela la tendencia al mal y a su propia esclavitud, que, en muchos casos, el intelectual ha poseído en nuestra época. La aplicación, por parte de muchos intelectuales, a la sociedad de un pensamiento naturalista-cientificista ha corrido paralela —esta es otra de las claves de lectura en Milosz— a la tendencia a la fatalidad y a la coacción típica de todo mecanismo de poder.

En el siglo xx, el poder político ha pretendido inculcar (por enésima vez) en el pueblo la temporalidad, el carácter cambiante e insignificante de toda norma, acto, conocimiento humano, usando la abstracción como medio para crear las condiciones para la existencia de este poder. El debilitamiento de todo aquello que supone una contradicción de las leyes de la Naturaleza y una reafirmación del hombre (como puede ser la vinculación con las generaciones pasadas, la existencia de un mundo privado al margen —que no opuesto— del colectivo, la conciencia o la creencia en la inmortalidad del alma), ha sido no sólo una labor emprendida por los regímenes totalitarios sino por gran parte del pensamiento contemporáneo.

Un caso prototípico del uso de la abstracción con fines totalitarios se da en el estalinismo. La «naturalización» y socialización del estalinismo son aplicadas sobre la población, no sólo mediante el empleo de la fuerza bruta o la propaganda en las instituciones destinadas a crear un ritual social —p. ej. la escuela—, sino a través de la creación de una *lógica o dialéctica*



coherente que, más allá de la búsqueda de adhesión inquebrantable del individuo a sus principios sociales, busca disponer de su fondo personal para que, de esta manera, el individuo se hiciera inmune a toda duda o crítica (especialmente de las «juventudes»). La socialización y «naturalización» de este razonamiento supone la propia justificación del totalitarismo, su justificación como poder «bueno y omnipotente». Y la necesidad social aspira en su esencia misma a parecer naturalmente indiscutible a quien o a quienes vivan en ella.

Como puede verse, desde una posición tendente al gnosticismo, Milosz hace emanar todo poder de la Naturaleza, y de lo que de Naturaleza posee el hombre. El poder es una fuerza inclinada siempre a desdibujar el sentido y el misterio del mundo y de la historia, a deformar toda piedad que fundamente el respeto a la naturaleza humana y las oposiciones entre el bien y el mal. El poder es la potencia capaz de devolver al individuo a su condición de «hombre natural y social», de convencerle de lo estéril que es todo compromiso —salvo el de estar al lado de los vencedores—, de lo inútil que es exigirle a la vida más de lo que como Naturaleza y simple elemento social ya es.

Piedad y esperanza

Esto nos lleva a entender uno de los más peculiares rasgos del pensamiento de Milosz (y de la cultura polaca durante este periodo): la contemplación de la humanidad como un ser extraño frente a una Naturaleza que le rodea y le domina. Eso no significa que el poeta polaco renunciase a reencontrarse con las antiguas verdades, revitalizar toda esa red de significados y símbolos puestos bajo sospecha por la guerra o retomar la fe en la utilidad general de nuestro esfuerzo como individuos. Al contrario, «*la conciencia del peligro al que estaba expuesto todo lo que se amaba*», todo lo que asentaba al ser humano como ser digno y responsable permitió a Milosz y a toda una generación de escritores polacos ahondar en la verdad de lo humano. Había llegado la hora de dejarse de abstracciones y juegos de palabras más o menos afortunados, y situarse más en los detalles, en la vida de las gentes, en los pequeños objetos que revelan costumbres y siglos acumulados, lugares de nacimiento, ancestros. Todo se simplificaba, todo se reducía a lo que se creía que se podía creer. La clave era *dar una nueva luz al discurso humano*.

Milosz, frente a la destrucción y el totalitarismo, apuesta por un pensamiento de la poesía, por una poesía del pensamiento unida a la piedad, a la compasión, a la cólera por medio de la ironía; a la ingenuidad objetiva frente a la impo-

tencia, al mal. Fusiona los elementos individuales e históricos a la poesía y al pensamiento; resucita e ilumina las innumerables existencias del pasado por medio de la piedad y recrea mediante la imaginación los rasgos, las reacciones de seres humanos que ya no existen.

Todo este pensamiento se refleja en *El poder cambia de manos*, en



el personaje que sirve como *alter ego* de Milosz: un profesor de historia que trata, en sus comentarios sobre *Tucídides*, de reproducir la vida de las víctimas aplastadas por el poder y la guerra

en el pasado, aún a sabiendas de que con ese movimiento traicionaba a la verdad de la Historia, marcada por la imposibilidad de captar desde un presente siempre en movimiento las innumerables existencias humanas del pasado.

Esta apuesta por la piedad, por las propias pasiones y en contra de la búsqueda objetiva de la Realidad (aún cuando no se la intente negar o esconder), se asume en el libro como una toma de postura por la salvación del hombre; por el rechazo a asumir la historia del ser humano como ilusoria. No existe nada menos «razonable» que llegar a la conclusión de que todo había pasado y que lo más sensato es transformar poco a poco el gemido en una sonrisa de indiferencia, mientras que una tierra absorbe sin cesar la sangre de los hombres.

Para Milosz, «*había que ser consecuente, rehusar inclinarse ante la necesidad, trazar sus fronteras*». No mentir, no aceptar algo porque cientos de miles lo aceptasen, no tener miedo al aislamiento, al desprecio. Asumir el destino individual propio, elegir por sí solo sin contar con nadie más que uno mismo. Había —en definitiva— que plantearse si, después de haber tocado el fondo más miserable de la naturaleza humana, la Razón, la gravedad del tiempo o el peso de la historia, eran tan importantes —por muy hegelianas que estas fueran— como lo podrían ser la conciencia, la piedad o la confianza en que aún después del cataclismo era posible que pudiera volver surgir la esperanza, la promesa de un mundo mejor. Al fin y al cabo, esta era la fe testimoniada desde siempre por el pueblo: más allá de las penas provocadas por el poder o por la vida diaria; muy por encima del sinsentido, existe el conocimiento de lo que es justo y lo que es injusto, la conciencia del bien y el mal, de la vida y de la muerte.

Bibliografía

- Lobodowski, Josef, «La poesía de Czesław Miłosz», *El País*, Madrid, 19 de octubre de 1980.
- Miłosz, Czesław, *El poder cambia de manos*, Ediciones Destino, Barcelona, 1980.
- Miłosz, Czesław, *El pensamiento cauteloso*, Tusquets Editores, Barcelona, 1981.
- Miłosz, Czesław, *Otra Europa*, Tusquets Editores, Barcelona, 1981.
- Gemerek, Bronisław, *en diálogo con Juan Carlos Vidal*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1997.